

TRUCO O TRATO **JULIÁN RODRÍGUEZ**

Por **VÍCTOR LENORE**

“En ocasiones nos arrastra lo kitsch, pero desdeñamos lo realmente popular”

“Nací en 1968 en Ceclavín, un pueblo de Cáceres. Soy escritor y director literario de la editorial Periférica. Para mí, la música es tan esencial como la escritura. Apenas las distingo: me parece que la música está ‘dentro’ de la escritura, comparten el ritmo, el tono, la extensión incluso. Trabajo muchas veces con los altavoces a todo volumen, como un verdadero envoltorio sonoro, creando una burbuja. Cuando me invitan a alguna lectura pública, lo mismo incluyo un verso modificado de *The New Raemon* que uno del poeta Dick Davis”.

“Vengo de una familia de agricultores. A mi padre siempre le ha gustado tocar canciones populares españolas en el acordeón. El que usa ahora se lo regalé yo; el primero que tuvo se lo compró mi abuelo, que vendía cerdos en las ferias de ganado de Extremadura. Lo llamaban Mónico ‘el de los cochinos’. Mi padre y mis tíos lo acompañaban a esas ferias durante gran parte de su adolescencia y juventud. Era la posguerra y se movían en carro, a caballo y a lomos de burros. Dormían al raso en verano. Mi padre tocaba para entretener las noches. Quizás por eso le regalaron el acordeón”.

“Cuando tenía 14 años, mi hermano Javier y yo publicábamos un fanzine de música, literatura e historieta. Incluso nos dieron un premio en ‘Viñeta firofa’, un programa de Radio 3. Escribíamos sobre Borges y sobre la nueva hornada de dibujantes de la revista ‘Madriz’, en especial Federico del Barrio y su

personaje León Doderlin, un verdadero imán para todo adolescente sentimental. Por supuesto, también escribíamos sobre música pop. Entrevistamos en Cáceres a Germán Coppini, de Golpes Bajos, el grupo español que más nos interesaba entonces. ‘Cena recalentada’ se convirtió en un himno para nosotros”.

“Envidio la influencia social que tiene la cultura en Alemania o Francia; cuando hablo de cultura incluyo la educación. Sus circuitos para el arte y el conocimiento son muy robustos. Los proyectos, por pequeños que sean, se afrontan con más rigor. En España seguimos viviendo los hábitos y herencias de la dictadura. Muchos de nuestros vicios no son consecuencia de la democracia o de la transición, sino que pertenecen al franquismo. A pesar de esto, soy bastante gramsciano: pesimista en el análisis pero optimista para la acción”.

¿Hay algún compositor pop del que hayas aprendido una técnica de escritura concreta? He leído con mucha atención a Leonard Cohen. Durante una época subrayé los textos de sus canciones, las maltraduje y escribí versiones convirtiéndolas en poemas o en fragmentos en prosa. También lo hice con las letras de Morrissey y de Billy Bragg y Nick Drake. Pero mi pasión por la Biblia como Gran Narración, que ha servido de estímulo para muchas de las historias que he escrito, nació primero de la lección borgiana y después de la coheniana.

En tu libro “Tríptico” (2010) citas en pie de igualdad la influencia del “Soneto II” de Garcilaso y “A Letter To Elise” de The Cure. ¿No encuentras diferencias entre alta y baja cultura? No creo en esa contraposición. Sabemos que lo que para muchos es baja cultura, por ejemplo la pintura de finales del XIX, acaba convirtiéndose en alta cultura. A mí me interesa tanto la música popular como la culta. Estos últimos meses he escuchado tantas veces las piezas de Louis Aubert como los discos de Bonnie “Prince” Billy. Por otra parte, soy lector de cómics de todo tipo, no solo de novelas gráficas; veo y disfruto películas de serie B igual que leo (risas) a Robert Musil o Walter Benjamin. Algunas letras de Astrud me parecen tan inteligentes como el mejor ensayo. Lo que no comparto es ese deseo de considerar arte algunas artesanías, por ejemplo la cocina moderna.

Eres aficionado al flamenco. ¿Qué es lo que más te interesa del género? Te pongo un ejemplo actual: estoy preparando un libro junto al sociólogo Gerhard Steingress y el artista y comisario Pedro G. Romero. Se llama “Laocoon te salvaje” y recoge una serie de fo-

tografías de Jorge Ribalta. Hace un tiempo que se sabe que la fotografía ha sido fundamental para transmitir algunas de las enseñanzas del flamenco a lo largo de décadas. El trabajo de Ribalta es una intervención en el campo de las representaciones, y creo que tanto las fotos como los textos que se están generando, de los cuales yo soy tan solo editor, van a sorprender y a hacer pensar a muchos de los que aún no se han acercado suficientemente. En ese “material” se encierra mucho de lo que también pienso yo, y perdón por este “yo”, sobre la modernidad del flamenco, sobre su “conexión” con los movimientos de vanguardia en el arte y la literatura, y al mismo nivel, o por encima. Solo un dato: como dice Romero, no hay que olvidar que cuando Lorca describe el Albaicín o el Sacromonte, las viviendas pobres, lo hace comparándolo con las “máquinas de habitar” de Le Corbusier... El flamenco fue convertido, porque no lo era, en nuestra música pobre. Lo mismo ha pasado con parte de lo que consumimos bajo el rótulo de world music.

Una de las novelas que más he disfrutado este año es “Trabajos del reino” (2004; reeditado en 2010), de Yuri Herrera, situada en el mundo de los narcocorridos. Retrata el contexto social de un género al que la crítica musical apenas presta atención. ¿ves cierto elitismo en nuestra escena cultural? Sí, somos esnobes. Necesitamos a Ry Cooder para acercarnos a la música de países que hablan nuestro idioma. Buscamos mediadores prestigiosos o prestigiados. Raramente encontramos por nosotros mismos. Pasa lo mismo con géneros caribeños o africanos, países que están ahí al lado. En ocasiones nos arrastra lo kitsch, pero desdeñamos lo real-



Resistencia periférica. FOTO: MARTA ZARCO

mente popular: admitimos muchas veces solo lo que ya viene envuelto como romántico en detrimento de lo que podríamos llamar realista. Muchas veces somos profundamente horteras en lo musical, desdeñamos lo mejor de lo nuestro y de nuestro entorno, sea lo que sea esto, por una especie de provincianismo general, estatal. Necesitamos que se falseen los modelos originales para admitir su herencia, su poder. Por suerte, también van surgiendo propuestas cabales. Por citar solo un nombre: me gusta cómo leen ciertas tradiciones latinoamericanas grupos como Las Buenas Noches.

Hace poco describías a Los Planetas como el único grupo de nuestra generación que hizo ruido contra el aznarismo. He escuchado algunas réplicas a esa frase, desde quienes dicen que Los Planetas tienen una actitud melancólica y derrotista, típica de la clase media, hasta quienes señalan que hubo otros artistas que mostraron un rechazo más contundente, por ejemplo Albert Pla o Fermín Muguruza. ¿Qué respondes a estos comentarios? La política consiste en intervenir en los asuntos públicos, por medio del voto o de cualquier otra forma. Muchas cancio-

nes de Los Planetas pretenden eso. No solo ponen en cuestión el “orden establecido”, sino que también proponen. Claro que muchas de sus letras son melancólicas y tristes, como también lo son casi todas las películas del neorrealismo italiano o del “free cinema”, y muchas de la “nouvelle vague”. Eso no quiere decir que sean derrotistas. En ocasiones es más “consumible”, más accesible, un tema de Albert Pla, cuya letra se entiende fácilmente y tiene arreglos domesticados, que uno de Los Planetas, cuyo sonido exige más a los oyentes menos avezados. También es política, y por eso, incomprendible para algunos, su propuesta de acercamiento al flamenco. Explicar estas cosas con detalle requiere muchas páginas, pero hay un dato que no es tan anecdótico: en España siempre ha dado más dinero la canción protesta que la música “independiente”. Los propios Planetas hablaron de ello en “Vuelve la canción protesta”.

Me temo que esta relectura de Los Planetas como grupo político va a desconcertar o incluso fastidiar a algunos de sus seguidores. Yo he leído declaraciones de J, de Nacho Vegas o de Manolo Astrud que eran claras, contundentes y lúcidas sobre la necesidad de reformas políticas y sociales. Creo que toda canción, como todo plano en el cine, es política. Incluso la ausencia de política en una canción. Podríamos hacer a esos seguidores la siguiente pregunta: ¿es política, además de divertida, la canción “Dinero” de Los Punsetes? Yo creo que sí. ¿Es reivindicativa de una forma de vida la actitud sureña del Grupo de Expertos Solyntev? También. Cuando se habla de actitud respecto al rock o al pop entiendo que también hablamos de actitud política, aunque no se mencione este adjetivo. ■